

Situación de la prosa narrativa catalana

por Joan Triadú

La prosa catalana contemporánea, aun descontando la novela, constituye, sin duda alguna, el aspecto más destacado de esta literatura después de la poesía, y casi se puede decir, sin aventurarse demasiado, que está en camino de alcanzar a aquélla y de situarse, por consiguiente, tal como sucede hoy en otras literaturas, en primer lugar.

No sería justo afirmar que éste es un hecho nuevo y producido por evolución, puesto que desde los inicios de la literatura moderna, o sea en la segunda mitad del siglo pasado, ha habido buenos prosistas que fueron, eso sí, eclipsados por los poetas o, en un mismo autor, por la parte poética de su obra, como es el caso de Verdaguer, cuyas extraordinarias facultades de escritor se mantienen en la prosa al mismo nivel que en el verso (aunque nunca se propusiera en ella fines paralelos a los de sus poemas), con lo cual este aspecto queda en segundo plano, sin que en términos absolutos lo esté.

Narcís Oller, Vilanova, Vayreda y otros escritores de la misma época, todos contemporáneos de Verdaguer y de Guimerà, sin el brillo extraordinario de éstos, crearon en la narración breve (dejando aparte, como corresponde al carácter de este artículo, la producción netamente novelística) una rica tradición, y, lo que es más sorprendente, llevándola por los caminos que eran los propios de vastos movimientos de las literaturas vecinas en su época o en un momento algo anterior.

Ello es tan cierto que casi simultáneamente tres grandes escritores de la generación que por la sensibilidad aunque no por cronología, podríamos llamar sucesiva a la de los citados, Ruyra, Catalá y Bertrana, se situaron de un modo radical en la ferviente convulsión que en términos generales se atribuye al modernismo y que corresponde en ciertos aspectos al Picasso azul, al descubrimiento del Greco en Sitges, al espléndido delirio maragalliano y a las piedras y hierros de Gaudí. No faltan, naturalmente, matices a la obra por separado tan diversa, de aquellos nombres, que pasó además por las

inquietudes sociales y estéticas que caracterizan los primeros veinticinco años de este siglo, y especialmente si se tiene en cuenta que siguieron escribiendo con tanta tenacidad y confianza al paso de los años, y además con una *cierta sagrada convicción*, que caracteriza incluso en nuestros días al que escribe en catalán y que muchas veces le añade o le resta algo cuando se le trata o se le estudia al lado de escritores de otras literaturas. Sentían además aquellos maestros que a su lado marchaban escritores menos definidos o más diversos, como Corominas, Caselles y Pous y Pagés, que en la política, la filosofía, la crítica de arte o el teatro aplicaban en cierto modo los mismos métodos que ellos a los diferentes aspectos de su obra, y así, lo que significaban para unos una tempestad en el mar o la tragedia de un marido bendito, se aplicaba en los otros a un Cristo románico recién descubierto o a las crisis de un presidiario o de un seminarista.

Claro que la resultante de este compacto movimiento, en el fondo trágico como todo lo que brota de un pueblo y es arrancado, no de las academias, sino de la tierra, fué un cierto cansancio y una vaga desorientación que acto seguido dieron entrada a aspectos más intelectuales de la creación, con un sentido del oficio, de las limitaciones y hasta de la gramática, que no habían pesado tanto antes. Es la época puente que se extiende hasta 1936, y en ella aparecen, entre otros, Martínez Ferrando, Llor, Escalas y Pla.

Ya he dicho que la narrativa y otras formas de la creación literaria en prosa no han surgido tardíamente, como se ha venido afirmando (quizá por considerar sin razón que sólo la novela cuenta en este género) ni han dejado nunca de mantenerse a la rueda de la poesía, en apariencia tan predominante: ello se ve o, por lo menos, se vislumbra, en lo que acabo de exponer sobre los primeros tiempos y sobre algunos aspectos del desarrollo de conjunto. Pero creo que lo que conviene ahora para información de los que se interesan por la literatura catalana, es dar a lo vivo con los hombres de hoy, o sea la

media docena de autores de narraciones breves, situados entre la obra inédita y la madurez (sean o no novelistas) que nunca deben faltar en una literatura en marcha. Para mí no es difícil hallarlos ni creo que sea fácil discutirlos entre personas preparadas, puestas al día y juzgando según valores universales. Son Salvador Espriu, Pere Calders, Lluís Ferrán de Pol, Jordi Sarsanedas, Manuel de Pedrolo y María Aurelia Capmany.

Ahora bien; ¿existen unas acusadas características comunes que permitan acercarse a una definición de conjunto válida para todos ellos? Yo creo que sí, por lo menos en un aspecto, aunque con todas las diferencias de matiz y de grado que corresponda hacer, y es en el tremendo impacto de la poesía sobre el centro mismo de su obra.

En primer lugar, tres de ellos han publicado algún libro de poemas, y hasta sigue siendo posible que se los conozca más como poetas que como narradores. Me refiero a Espriu, Sarsanedas y Pedrolo. No sería difícil dar con pruebas del interés de los demás por el logro del poema, y tengo motivos para afirmarlo así, especialmente en los casos de Calders y María Aurelia Capmany. Todos quien más quien menos, asumen con este hecho, pues, una gran responsabilidad, de distinto orden, desde luego, de la que asumían los viejos maestros cuando se situaban en

Para darse cuenta de la calidad de esta antología bastará mencionar —por no citar a todos los autores que figuran en el índice— a Edgar Allan Poe, Thomas de Quincey, Charles Dickens, Conan Doyle —el creador genial de Sherlock Holmes—, Maurice Leblanc, Chesterton, Agatha Christie, Edgar Wallace, Ellery Queen, Graham Greene, Georges Simenon..., maestros en la novela policiaca; y entre los grandes autores universales en cuyos cuentos el *misterio* cobra una significación esencial y dramática, una trascendencia que apunta hacia el acontecer del hombre en función de vida y alma, a Guy de Maupassant, Antón Chéjov, Franz Kafka, Pere Calders, Luigi Pirandello...

SOLA PA d'UNA
SELECCIÓ de CONTES
de MISTERI, ventits
al portugués. —

la línea del naturalismo o del modernismo, pero de un carácter más arriesgado por más individual, como corresponde al dominio que tiene la poesía sobre la personalidad. A la carga social, filosófica o moral que llevaban consigo los cuentos y las novelas breves de Oller o de Corominas corresponde ahora una voluntad metafísica, lírica, necesaria al autor y a su mundo.

Ha sucedido, pues, que esos escritores de ningún modo han renunciado a la suprema condición de poetas. Cogidos entre dos fuegos, entre las dos grandes potencias de Cataluña por los poemas de Carles Riba por un lado y por los de J. V. Foix por el otro —dos potencias que se reconocen, se quieren y se respetan— los jóvenes poetas de los últimos veinte años hallaron en la *prosa* campo libre para recoger una herencia, para derivar un fluido y, en definitiva, para fijar sus propias conquistas: para *hacerse* y para sentirse ser.

Espriu es el que ha tenido mayor ascendiente sobre los grupos intelectuales del país. En su libro *Anys d'aprenentatge* se puede seguir materialmente el curso del arco que va, a través de la novela breve *«Laia»*, que le une a la tradición, hasta las prosas tensas de riquísima cristalización poemática dedicadas a su gran compañero Rosselló-Porcel.

INSULA

Madrid

1953

Situación de la prosa narrativa catalana

(viene de la página anterior)

En el centro «Miratge a Cíterea» es quizá su momento mejor, junto con buena parte de los cuentos de «Ariadna al Laberint Grotesc». Calders, en cambio, es todavía poco conocido, aunque se puede atribuir a su obra una importancia comparable a la de cualquiera de los maestros anteriores. Su conjunto de cuentos, todavía inédito, *Cròniques de la vida oculta*, le convierte en uno de los autores de mayor riqueza de imaginación que ha tenido Cataluña, sirviéndose de un estilo de soberbio equilibrio y en un mundo ya grotesco, ya absurdo, ya lírico y casi siempre de trascendencia turbadoramente metafísica.

Manuel de Pedrolo ha publicado un volumen de cuentos, *El premi literari i mes coses*, de sorprendente eficacia narrativa aunque probablemente significa sólo un paso en la marcha de este escritor, sobre el cual habrá que llamar la atención con más energía que ahora cuando entre las tendencias que apuntan en su libro, generalmente muy bien asimiladas, encuentre su propio orden de cosas.

Pedrolo es un escritor que se ofrece ahora en un ángulo muy abierto que probablemente irá cerrando; Jordi Sarsanedas, por el

contrario, se ha lanzado desde el primer día hacia un centro preciso y luminoso. Sus *Mites*, a punto de publicarse, es como si se hallasen en el vértice de un agudísimo ángulo, mientras que *Contra la nit d'Oboixangó*, una historia corta, muestra ya una abertura que indica cómo el mayor dominio de la narración ampliará sus posibilidades. El es, de todos, el más lírico y, en el lenguaje, como es natural, el más audaz, todo lo cual le da un carácter acentuadamente personal, cercano a la poesía pero vivísimamente narrativo.

Lluís Ferrán de Pol y María Aurelia Capmany son todavía poco conocidos en el terreno que nos ocupa, aunque ella sea ya una destacada novelista. Ferrán de Pol lleva consigo, entre otras cosas, un curiosísimo bagaje mejicano o, mejor dicho, *maya*, que ha quedado hasta ahora en gran parte inédito. Su talento y su buen gusto cuidaron de hallar en aquella primitiva y remota mitología un horizonte de fabulosa poesía y de palpitante humanidad. Sus cuentos son así una patética y maravillosa creación entre un remoto mundo y su propio poderoso mundo interior. Algunos, pocos, cuentos de María Aurelia Capmany revelan, sobre todo, su extraordinario ingenio y la soltura vivaz y tierna de sus recursos, todo ello de excelentes condiciones para la novela como ella misma ha demostrado. Sin embargo, la reflexión que invade a sus personajes es de naturaleza poética, aunque de una poesía más netamente romántica que la de los demás, como al fin y al cabo corresponde a una mujer.

Es imposible hacer entrar ni siquiera el perfil de todos estos escritores en un artículo como el presente. He apuntado sus nombres por lo que han demostrado, y por *ser quienes son* —y esto, a mi entender, en el escritor de hoy es fundamental— tengo confianza en ellos.

He dejado adrede en el aire los autores que preceden a los que acabo de enumerar. He creído que, en general, no era tan necesario ni útil repetir información que puede hallarse en la bibliografía corriente e incluso en los escaparates de algunas librerías importantes. Me limitaría a lamentar que se haya detenido la rara y valiosa producción de Josep Sol, digno de figurar entre los seis citados. No me referiré tampoco a algunos de los rigurosamente inéditos, como Joan Garrabou, Ramón Folch y Josep María Espinás, así como a diversos y valiosos autores, especialmente algunos humoristas que se hallan entre los cuarenta y los cincuenta años o algo más, aunque quiero citar, eso sí, la extraordinaria calidad de algunas narraciones del libro *Proses en carn* de Xavier Casp, que es síntoma y realidad de todo un movimiento. Pero no quiero terminar estas notas, que al fin y al cabo son de actualidad, sin detenerme en el autor que acapara tanta atención entre el más vasto auditorio que haya conocido jamás un prosista catalán de categoría y pretensión literaria. Su obra está volviendo a toda marcha a la vida pública, y si bien se halla casi completamente al margen del núcleo que he escogido para el pre-

sente artículo como esencial, retiene, sin embargo, muchos de los valores que en realidad equivalen a un paralelo catalán de los discípulos del 98. La actualidad corresponde, pues, también a este hombre, Josep Pla, por lo que tiene de empuje humano su plena reaparición en nuestra literatura y su propósito de llevar a cabo un inventario lo más completo posible de la Cataluña de nuestra época.

Ante todo, Josep Pla ha llegado a ser una imagen acabada del catalán que viaja y contempla. En la ya considerable extensión su obra sigue destacando el cronista joven salido al mundo con los ojos abiertos, dando un salto desde las tapias de su pueblo a anchas avenidas y a los tupidos barrios de la gran ciudad. Es, sin duda alguna, viajero excepcional y un periodista de talla en el sentido en que lo son «Azorín» Paul Morand. Con los años, los recuerdos se superponen, y aquella mirada de malverde y marinera se carga de cejas, con polvillo de nieves muy delicado y significativo. El hombre queda joven, pero ha pasado tanto mundo ante él y tanta gente se ha velado en su presencia, que en el esfuerzo de los años recientes de este enorme trabajador hay, ante todo, un afán de darse de dibujarse ante los demás, de dejar que el peso infalible que caracteriza a un hombre por generaciones.

Para mí, el Josep Pla central, sabroso, el que corresponde a esos nombre y apellido tan llanos y catalanes que parecen el denominador corriente de todo un tipo humano, ya de Cataluña, sino de toda la ribera mediterránea, de Murcia a Sicilia. Es un hombre de hombre joven, siempre alrededor de los treinta y cinco años. Yo no dudaría atribuir trascendencia a este signo porque en definitiva es el Josep Pla de aquella edad o con ella en el alma, el más indiscutible y más personal: es el escritor de las *Cartes a lluny*, del admirable *Pa i raim*, de los viajes por el Mediterráneo, de los retratos desenfados y vigorosos de políticos, marineros, escritores y contrabandistas. Algunos artículos de tono grave y púdico lirismo arrancados de esta perenne juventud hacia quién sabe qué honduras humanas, comunes al fin y al cabo a la gente que ama con madurez la vida. Ya dice él (*Les Hores*, pág. 65) que «acercarse al gusto terrenal de las cosas es practicar una forma plácida y tolerante del irrealismo». Esta modestia espiritual de *Pla* su tendencia al vuelo rasante lo entrega bandeja a un gran público. Su estilo es un poco jocoso y rural, no es tan poético ni modélico, pero se ajusta perfectamente a sus ideas y reflexiones. Todo a los labios del lector, al paladar grato y tal vez, incluso sin que él lo quiera, un día llegará, en nuevas penetraciones hasta el corazón de su pueblo.

Pla no está entre los nuevos ni entre los antiguos: es un escritor normal y cotidiano y como tal, siempre es reciente y siempre conocido para muchos. He escogido como imagen del término de una literatura, puesto que, desde es, socialmente hablando, el producto más eficaz que para su esfuerzo podían y soñar los primeros y heroicos aficciones de hace un siglo.

JOAN DÚ

Can Toniguds, agosto de 1953.